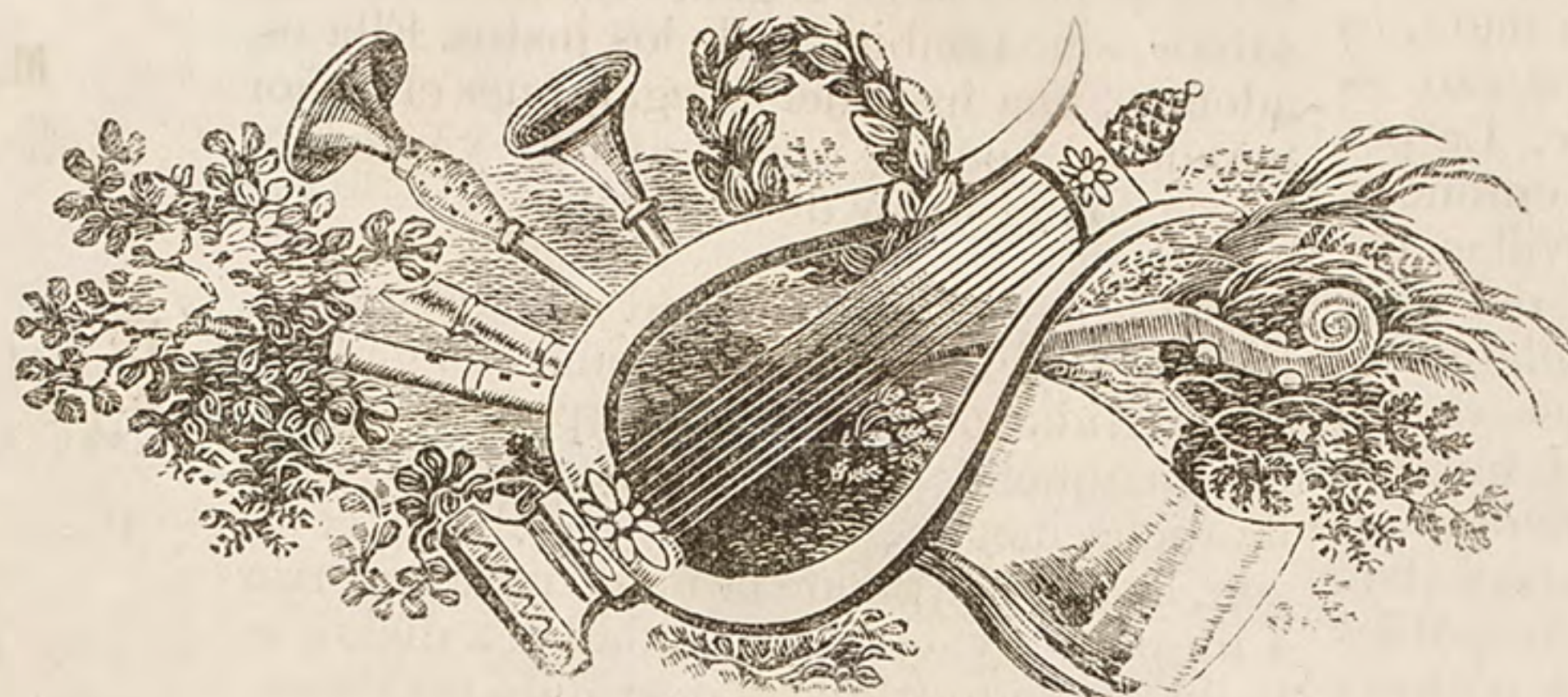


LA ALBORADA
SEMANARIO
DE LAS FAMILIAS



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima Sábado 12 de Diciembre de 1874.

Núm. 9.

SUMARIO.

LA DIRECCION.—UN TESORO ESCONDIDO, por la Señorita Adriana Buendia.—POR UNA PERLA, poesia, por la Señorita Leonor Saury.—MAS MALO QUE CALLEJA, por Ricardo Palma.—LOS GATOS, poesia por la Señora Manuela Villarán de Plasencia.—CRITICA LITERARIA, por Domingo de Vivero.—LA LIBERTAD, poesia, por Acisclo Villarán.—LA FAMILIA, traduccion, por la Señorita Angela Carbonel.—MONÓLOGO DE ANDRÉS DEL SARTO, poesia, por Numa P. Llona.—EL AGUA MANSA, traduccion, por F. G. Cazeneuve.—MOSAICO, por la Señora Juana Manuela Gorriti.—SOLUCIONES.—PERMANENTE.

LA DIRECCION.

VERIFICADO el sorteo de los objetos obsequiados por LA ALBORADA á sus suscritores, salieron agraciados los siguientes números:

- Núm. 1 — Sta. Abelina Mascaro.
- “ 2 — Sra. Juana Detan.
- “ 3 — “ Clementina L. A. de Bryce.
- “ 4 — Sta. Dolores Allende.
- “ 5 — “ Maria Elena Garcia.
- “ 6 — Sr. Neptalí Iberico
- “ 7 — “ Remigio Aguirre, — Tarma.
- “ 8 — Sra. Manuela C. de Erausquin.
- “ 9 — “ Carolina B. de Porras.
- “ 10 — Sr. José Félix Castro.
- “ 11 — Sra. Isabel Coloma de Cansaco.
- “ 12 — Sta. Fabiana Geldres, — Tarma.

Los objetos se entregarán en esta Direccion á las personas que se presenten autorizadas, para recibirlos.

Señora D. ≈ Juana M. Gorriti y Señor D. Numa P. Llona, directores de LA ALBORADA.

Muy señores míos y estimados amigos:

Diversas ocupaciones me impiden continuar en la condicion de Secretario de Redaccion de LA ALBORADA; faltándome el tiempo necesario para ejercer las funciones anexas á aquel cargo.

Cábeme la honra de reiterar á ustedes las seguridades de mi estimacion y amistad.

F. G. CAZENEUVE.

Lima, Diciembre 10 de 1874.

Señor D. Felipe G. Cazeneuve.

Estimado amigo:

Esnos muy sencible que nuevas ocupaciones impidan á usted seguir prestándonos su auxilio en nuestras tareas literarias.

Con sentimientos de alta consideracion nos suscribimos de usted amigos y S. S.

JUANA M. GORRITI—NUMA P. LLONA
Directores.

Lima, Diciembre 11 de 1874.

UN TESORO ESCONDIDO.

A MI HERMANA DOLORES.

HACE poco que hablé á mis lectoras, de aquella flor del Eden que se llama humildad; de esa perfumada violeta que tan grandes prodigios ha obrado sobre la tierra, desde que nació acariciada por los rayos de luz de una estrella: la estrella de Nazareth.

Hoy quiero hablarles de un tesoro escondido que se asimila á esa bellísima flor, por sus excelentes virtudes, y que, á pesar de hallarse oculta en aquellos lugares donde la miseria habita, es de un valor incomparable y constituye la verdadera fortuna de gran parte del género humano.

Ese tesoro, es la pobreza.

Lo mismo que la humildad, fué santificada por el Redentor del mundo, que la eligió para su cuna en un portal de Belen, y la llevó consigo, durante toda su vida, hasta la cumbre del Calvario. “Bienaventurados los pobres, porque de ellos será el reino de los cielos,” ha dicho Jesucristo. ¿Y qué tesoro del mundo podria ser comparado al que, en semejantes palabras, ha prometido el dueño de la riqueza infinita? El reino de los cielos! . . . Bendito sea ese trono que se levanta sobre las bases de la humildad, de la pobreza, la caridad y el amor!

Lo mismo que la humildad, es la pobreza un fundamento de aquella religion sacrosanta que constituye la fuente de todo bien; es una virtud cristiana facilmente practicable por todos, que Jesucristo nos encarga y que

bendice, y el mismo La Rochefoucauld jamás profanaría con las tinieblas de la duda.

La pobreza, es un precioso capital que retribua al universo, en general, y en particular á cada hombre que la ama y la posee, el interés mas subido y codiciable de la vida, esto es, la dulce satisfaccion del espíritu humano, y la esperanza de obtener una eterna recompensa, si con resignacion se apura el caliz amargo del sufrimiento. Nos abre las puertas del eterno paraíso; y sin embargo, necios y desagradecidos, nos avergonzamos de ella y tratamos de ocultarla, como uno de nuestros peores defectos, como uno de nuestros vicios!

Dios hizo el mundo entero de la nada, es decir, de la pobreza infinita, y por eso es milagrosa esa creacion admirable. La pobreza absoluta desapareció, desde entónces, y rodearon al hombre las maravillas del universo, desde la luz espléndida del sol y el azul del firmamento hasta el brillante espejo de los mares y el oro que nace oculto en las entrañas de la tierra. Y el hombre que á imágen y semejanza del Creador supremo, hace surgir de su mente las mas atrevidas concepciones y realiza tan admirables inventos, ha encontrado siempre la pobreza por elemento de sus obras; ella ha guiado sus pasos desde el abismo de la miseria hasta el templo de la gloria y le ha servido de base para alzar los monumentos mas suntuosos del saber humano y del trabajo, que son las medallas de honor de las naciones.

Gracias á la pobreza de Homero, de Milton y de Cervantes, poseémos los mas admirables mundos del universo intelectual: *La Iliada, El Paraíso Perdido y Don Quijote de la Mancha*. Job fué poeta desde que comenzó á ser pobre, y Shakespearé dejó de serlo desde que se enriqueció. Miguel Angel prefirió seguir pobre, para seguir siendo grande, y Salomon con su opulencia perdió virtudes y gloria. La poesía encarnó un dia en la riqueza, y produjo á Byron inspirándose en el tedio. Si hubiese nacido pobre, ¿á quien no hubiera eclipsado aquel serafin caído?

La pobreza, es la musa de las musas, y las palabras *poeta* y *pobre* tienen cierta analogía misteriosa, que suenan casi del mismo modo en el alma. Pero la pobreza no siempre se remonta en alas de la fantasía, tras un palacio de Armida como el del Tasso, ni una isla de las delicias como aquella de Camoens; ella se empeña tambien en realizar otros inventos: estrecha las distancias de los pueblos, surca atrevida los mares, fertiliza los desiertos, se lanza sobre las fieras, construye espléndidos palacios, es el alma de la industria, piensa, medita, discurre y donde quiera que un rayo de luz se le presenta, allí se lanza presurosa en busca del consuelo y de la gloria. La pobreza de Cristoval Colon y la de aquellos conquistadores devorados por una sed de insaciable codicia, engastaron en la corona de los reyes de Castilla la perla mas brillante y hermosa que el hombre haya arrancado al seno de nuestros mares. Esa perla valia un nuevo mundo, y por eso su misma riqueza la arrebató, mas tarde, de las manos, teñidas en sangre, de sus iníquos usurpadores.

El pobre está siempre con Dios, no duda como el rico del amor que se le tiene, jamás

se preocupa con los vaivenes de la fortuna, ni teme las asechanzas de la envidia. Ama, sufre y espera, y por eso es verdaderamente dichoso.

La pobreza, es hermana de la paz y la salud, Mecenas del ingenio del hombre, señora de la fortuna, signo de felicidad, musa de la poesía y, abundantísima fuente de dones y de virtudes, reclama por hija suya á la sana filosofía, es decir, á la resignacion. Siendo la escuela por exelencia, la escuela normal del mundo, como que á todos nos consta que *la necesidad hace al maestro*, y teniendo tambien presente que *de la necesidad se hace virtud*, debemos reconocer que la pobreza es no solo la region escogida de los sabios, sino tambien la de los justos. Ella es, ademias, una institucion legal, pues el Señor mandó al hombre que la amase y que comiese con el sudor de su frente.

Sin la pobreza la caridad no existiria, ni honrarian á la especie humana sus generosos partidarios; el rico jamás podria disfrutar de aquella dulce satisfaccion, de aquella dicha incomparable que recibe el corazón, cuando se tiende la mano para socorrer á un pobre, y qué, en verdad sea dicho, es la única ventura que el desvalido puede envidiar sobre la tierra.

Dios, al tomar la forma humana y nacer hombre de las entrañas de una vírgen, se revistió de humildad y se hizo pobre, concediendo á todos sus semejantes ejecutorias de la nobleza divina. Los declaró bienaventurados, y les prometió con predileccion marcada, el reino inmortal de los Cielos.

¡Benditos sean eternamente los pobres!

Chorrillos, Diciembre 12 de 1874.

ADRIANA BUENDIA.

POR UNA PERLA.

Por la corriente impelidas
Las claras ondas serenas,
En su tránsito bañaban
Del Rímac la orilla amena.

Y desatando entre flores
Sus rizadas cabelleras,
Enamoradas besaban
Las azuladas arenas.

Con los plácidos arrullos
De la alegre primavera,
Deslizábanse las ondas
Siempre claras y halagüeñas:

Hasta que un dia funesto,
Dia que jamás viniera,
Llegó un amante á la orilla
Buscando alivio á sus penas.

Y, al contemplar como vienen
Y se van las ondas bellas,
Con sus cristales bañando
La pintoresca rivera.

Vió que un beso sepultaban
En la virginal arena,
Y que, al punto, lo guardaba
Entre su concha, una perla.

Tanto amor correspondido
Agradóle y, con presteza,
Llevó la perla consigo
Antes que la onda volviera.

Pero la aurora siguiente,
Al brotar su luz primera,
Presenció desde su trono
Una tristísima escena:

Vió que, tornando las olas
A acariciar á la perla,
Hondo suspiro exhalaban.
Al encontrarse sin ella.

Y es fama que desde entónces
Del Rímac la onda serena,
Melancólica solloza,
Por la ausencia de una perla.

LEONOR SAURY.

Lima, 1874

MAS MALO QUE CALLEJA!

ORIGEN DE UN ANTIGUO REFRAN LIMEÑO.

En Méjico es popularísima esta frase:—
¡Sébase quien es Calleja!

Parece que en la guerra de independencia, hubo en el ejército realista un general de este nombre al cual dieron un dia aviso de que los *guachinangos* ó patriotas habian fusilado con poca ó mucha ceremonia, que para el caso dá lo mismo, cuatro ó cinco docenas de prisioneros. El general español montó á caballo y se puso á la cabeza de sus tropas, diciendo:—ahora van á saber esos *pipiolos* quien es Calleja!—Y sorprendiendo á los insujentes, cogió algunos centenares de ellos, los enterró vivos en una pampa, dejándoles al descubierto la cabeza, y mandó que un regimiento de caballeria evolucionase al galope. Cuando ya no quedó, bajo los cascos de los caballos, cráneo por destrozar, aquel bárbaro se dió en el pecho una palmada de satisfaccion, exclamando:—¡Sébase quien es Calleja!—Y en seguida, para quedar mas fresco, se bebió un canjilon de orchata con nieve.

A los hombres de la generacion que empezó con el siglo, les oíamos frecuentemente decir, para ponderar la perversidad de alguno:—*es mas malo que Calleja!*—Y por mucho tiempo me tuve creído que el Átila de Méjico era el Calleja del estribillo limeño; pero, cuando, por malos de mis pecados, me eché á desempolvar vejezes, descubrí que en mi tierra hubo tambien un Calleja que, como el de allá, fué un Calleja de encargo y del décimo no codiciar. Presumo que hay apellidos de mala cepa y que, para tratar con quienes los llevan, hay que persignarse como hacen las mojigatas cuando mientan al Patudo.

Y esto sentado, vamos al canto llano que para preludeo basta con lo dicho.

I.

Que trata de unos soldados que, según autores contemporáneos, tenían rabo como el diablo.

El 24 de Abril de 1814, y en momentos en que se conspiraba en Lima largo y menudo contra la dominacion española, nos llegó de Cádiz, en el navío *Asia*, el batallon de Talavera, compuesto de ochocientos angelitos escogidos entre lo mas graneado de los presidios de Ceuta, Melilla, la Carraca, y otras academias de igual lustre. Eran los

susodichos mocetones fuertes como toros, con chirlos, remiendos y costurones en la cara y capaces, por lo feo de la estampa, de paralizarle el resuello al mas pintado.

Así como los soldados del *Real de Lima* llamaban la atención por el morrion de pelo de oso y por el bigotazo postizo que lucían en las paradas militares, así el día de la entrada de los talaverinos la gente se iba tras ellos; no porque cautivase á nadie la marcialidad ó aspecto de los soldados, sino porque fué el primer batallón que trajo cornetas. Hasta entónces, en las bandas de los cuerpos de infantería española no habían los limeños conocido mas que pífanos y tambores.

A poco de su llegada á Lima eran los *talaveras*, como generalmente se les llamaba, la pesadilla universal. Ellos no se paraban en barras para limpiarle el bolsillo al prójimo, robarse una muchacha del pueblo ó plantarle con toda limpieza una puñalada al lucero de la mañana. Para los talaveras nada habia de respetable y sagrado; y no parece sino que Su Majestad Don Fernando el *Desecado* nos los mandó en lugar de la viruela, tifus ú otra plaga, dándoles carta blanca para que nos tratasen como á moro sin señor.

Dice un autorizado historiador, que fué talaverino quien, encontrando en la calle á la aristocrática viuda de un general, señora de exquisita belleza, se cuadró militarmente ante ella y la dirigió esta galantería de cuartel:—Abur, brigadiera! Cómo te comiera un lobo y te vomitara en mi tarima!—La señora se quejó de la insolencia del soldado á Maroto, que era el coronel del cuerpo; pero Maroto, á quien estaba reservada la triste celebridad del abrazo de Vergara, contestó á la noble dama:—No sea gazmoña, señora, que el requiebro es de lo lindo y prueba que mis muchachos son decidores á su manera y no bañan con almizcle las palabras: agradezca la intencion y perdone la rudeza.

El pueblo tomó profunda tirria á los talaverinos, les armó celadas, y frecuentemente se hallaba el cadáver de alguno en la Barranca y otras calles extremas de la ciudad. Entónces, Maroto ordenó que no saliesen del cuartel sino por grupos de á cinco y armados de bayoneta.

La vida de esos bandidos, en Lima, era vagar mirando desvergonzadamente á los criollos y escupiendo palabrotas capaces de escandalizar á un pilancon. Por las tardes se dirigian á las alamedas y arrabales y jugaban á las *cascaritas*, juego de presidio con el que desplumaban á los bobos, cria que en todos los tiempos ha sido numerosa. Consistía este juego en hacer evolucionar tres cáscaras de nuez, y al apunte tocaba adivinar bajo cual de ellas se encontraba una pelotilla de migaja de pan. Aquello era lo que un jugador de cubiletes llamaria *levantar la moscada*. Por supuesto, que de aquí surjian pependencias diarias, á las que los talaveras daban remate, abriendo ojales en los cuerpos de los limeños y retirándose muy orgullosos al cuartel á celebrar la hazaña apurando enormes cacharros de anicete.

Afortunadamente para el Perú, los talaveras permanecieron poco tiempo entre nosotros y marcharon á Chile, donde Osorio, que salió de Lima para relevar al brigadier

Gainza, les toleró mayores excesos y crímenes que los que por acá cometieran. En Santiago, se habla aun con horror tradicional de los malditos talaveras y del capitán San Bruno que mandaba una de las compañías.

Verdad es que los patriotas de Chile supieron dar buena cuenta de ellos, matándolos sin misericordia en las batallas y aun en las calles de la capital que tenían aterrizada. Tanto en el pueblo de Lima como en el santiagués, estaba arraigada la creencia de que los talaveras tenían el apéndice aquel con que pintan al diablo; y así los patriotas, para convencerse de que era pura fábula lo del rabo, principiaban por cortarles el pescuezo siempre que para ello se les presentaba ocasion propicia.

Con los talaveras no habia disciplina posible. Eran fieras que los caudillos españoles lanzaban en los campos de batalla y á las que despues de la victoria no cuidaban de encadenar, dejándolas sueltas para que saciasen sus feroces instintos en las inermes poblaciones sojuzgadas.

II.

El héroe del refrán.

Don Martín Calleja era, en 1815, capitán de la quinta compañía del batallón Talavera.

Era el don Martín hombre de treinta y cinco años, de pequeña estatura, cargado de espaldas y de vulgarísimo rostro escondido entre un par de pobladas patillas, como el tigre en la espesura de un bosque. El sobrescrito no podía ser mas antipático. Y hablando del sujeto decia el poeta limeño Larriva:

Martín, vende patillas
O compra cuerpo;
Si te falta persona
Te sobran pelos.

Iba un domingo el capitán Calleja, hecho un gerifalte, por la calle de la sacristía de Santa Ana. Vestía casaquilla azul ajustada, sombrero de puntas y pantalon blanco; y para la prosopopeya con que andaba veniale la acera estrecha.

Al doblar la esquina, un pobre negro, caballero en un burro, no acertó á desviar oportunamente al animal; y el talaverino, para esquivar el atropello, dió un salto fuera de la vereda; pero con tan mala suerte que metió el pié en un charco y el lodo le puso el pantalon en condiciones de inmediato reemplazo.

Apenas se vió Calleja tan mal ataviado se acordó de que por algo era capitán de talaveras y, desenvainando la espada, se fué sobre el burro y lo atravesó. En seguida acometió al infeliz ginete, que se puso de rodillas, juntando las manos en suplicatoria actitud y exclamando:

—Mi amo ¡por María Santísima! No me mate su merced!

Pero el capitán de la quinta no entendía de plegarias y, echando por esa boca sapos y culebras, clavó el arma en el pecho del indefenso negro.

Los transeuntes, que presenciaron esta crueldad sin nombre, se indignaron hasta el punto de acometer á pedradas al asesino.

A la sazón, venia por la calle de San Bartolomé, un grupo de talaveras que, viendo á su capitán en atreos, desenvainaron las bayonetas y se lanzaron sobre el paisanaje, hiriendo á roso y belloso.

La sociedad limeña, que hartos motivos tenia para aborrecer á los talaveras, acabó de exaltarse con este suceso y personas respetables fueron donde el virrey con la querrela. Su excelencia ofreció que el pueblo seria desagraviado y que en consejo de guerra haria justicia en el matador y sus camaradas. Pero Maroto tomó cartas en el negocio y el fiscal opinó que la vida de un esclavo no valia un pepinillo ni merecia tanta halaraca, y que á lo mas que podia obligarse á don Martín era á pagar al amo del negro cuatrocientos pesos por el muerto y veinte por el burro.

Abascal, viendo el giro que tomaba el proceso y para quitarse de engorros y compromisos, resolvió desprenderse de un batallón que tan general odiosidad se habia conquistado; y, entre gallos y media noche, embarcó á esos pichoncitos sin hiel y se los mandó de regalo á los insurjentes de Chile, que harta sarna tuvieron que rascar con ellos.

No sabemos el fin de Calleja; pero es seguro que, en Rancagua ú otro campo, sacaria de curiosidad á los chilenos, que harian de su cadáver el competente exámen para ver si el capitán de la quinta era ó no de la familia de los orangutanes, por aquello de la cola.

Lo único que de él quedó en Lima fué la memoria de su crimen, en el refrán que ya ha caido en desuso:—*Mas malo que Calleja!*

RICARDO PALMA.

Lima, Diciembre 6 de 1874.

LOS GATOS.

FÁBULA.

Su fortuna empleaba un hombre,
Por un capricho muy raro,
En mantener como príncipes
Una multitud de gatos.
Al principio distinguía
A los mejores y mansos,
A los de raza mas fina
Que estaban bien enseñados.
Jamás causaban disgusto
De ninguna clase á su amo,
Que vivia satisfecho
De ver que eran tan honrados.
Mas fué cambiando la cria,
Muriendo los mas ancianos,
Y ya los hijos y nietos
Costumbres iban variando.
Cierta dia, en el salon
Que estaba á ellos destinado,
Encuentrase este individuo
Tres botijas boca-abajo,
Llenecitas de oro en polvo,
Un gran tesoro de antaño.
Y viéndose de dinero
Tan sumamente sobrado,
Preparó una gran despensa
Sin omitir ningun gasto,
Para que fueran dichosos
Con su riqueza, los gatos.
Puso por docenas quesos,
Gallinas, perdices, pavos,

Jamones, lenguas, conservas,
 Toda clase de pescados.
 Salchichones y tosino
 Ternera, quesos de chanco
 Y cuanto desear pudieran
 Sus animales amados.
 Bien instalados allí
 Les previno á los criados,
 Que no hubieran distinciones.
 Y una ley, para igualarlos,
 Dictó desde aquel momento,
 En su antigua paz confiando:
 Pero al verse ellos ya dueños
 De todo aquello, empezaron
 Por abusar de sus uñas
 Y el que era mas fuerte y guapo
 Hacia tales destrozos,
 Comia y cargaba tanto;
 Que salir por la ventana
 Le era casi necesario:
 Con su ejemplo, venia otro,
 Nuevos golpes y arañazos,
 Lonjas de mas dimensiones,
 Mas hambre para los mansos.
 Y por la ventana misma
 Tomaba camino llano,
 A devorar en el techo,
 Rodeado de gallinazos,
 Las mas exquisitas presas
 Que quitaba á sus hermanos.
 De estos acontecimientos
 Yban sucediendo tantos,
 Que si habia paz tres dias
 Jamás completaban cuatro,
 Sin contar con que en partidos
 Se hacian todos pedazos;
 Unos que eran *maltesistas*,
 Otros del gato *romano*
 O del *cenizo* ó del *negro*,
 Del *amarillo* ó del . . . blanco.
 Ya no sabian que hacer
 Los infelices criados,
 La despensa se surtia
 Con frecuencia, y todo al fiado
 Al fin tan crecidas cuentas
 Al amo le presentaron,
 Que fué por sus propios ojos
 A observar aquellos daños
 Y aunque se habia propuesto
 Encontrar todo arruinado,
 Con la realidad quedó
 El pobre hombre, estupefacto.
 Habia de comestibles
 Tan solo huesos pelados
 Y gran cantidad de espinas
 De diferentes tamaños,
 Diez gatos encontró muertos,
 Mutilados veinticuatro,
 Desollados diez y seis,
 Cuarenta esqueletizados
 Que ni pararse podian,
 Porque de hambre estaban galgos:
 Seis ó siete habia gordos,
 Como unos chanchos cebados,
 Es demas decir que fueron
 Aquellos, los gatos bravos.
 O los que de aquellas tronchas
 Habian participado.

El hombre salió de allí
 Dando su idea á los diablos
 Y jurando matar de hambre
 Animales tan ingratos.
 ¡Los justos por pecadores
 Como siempre, allí pagaron!

He hablado de comestibles
 Tan sólidos y variados,
 Que de buena gana haria
 Ahora aquí un guisito extraño,

Al cual se le diera el nombre
 De *pensamientos al plato*;
 Estos tienen la ventaja
 De ser alimento sano
 Y como no es nutritivo
 Está libre de los gatos.
 Sin embargo, no es posible
 Porque el juicio me han sacado
 El hijo ya maltoncito
 Diciendo: ¡ay mamita! malo,
 Es que á V. en la pimienta
 Siempre se le va la mano.
 Si es el esposo, me apremia
 No vaya á causarle daño
 Con los *picantes* subidos,
 Que sin querer he adoptado.
 Y hasta por vinagre y sal
 Me reconviene el hermano,
 De modo que á ser insulsa
 Por fuerza me han enseñado:
 Así perdonen, lectores,
 Si esto vá mal sazonado.

MANUELA V. DE PLASENCIA.

Lima Diciembre 7 de 1874.

CRITICA LITERARIA.

LAS GUITARRADAS, POR EL "CHICO TERCENCO."

EL joven y aventajado escritor, señor don Pedro A. Varela, mas conocido por su seudónimo del "Chico Terencio" que por su nombre, ha dado á luz un librito de poesías. Bellos como el formato y los tipos del libro son los versos: gotas de rocío caídas en la fuente de la poesía popular; de aquella, que sin los esmerados adornos del arte, nace espontánea del corazón, pero que no es por eso ménos bella ni conmovedora que aquellas producciones en las que la naturalidad se halla oprimida por el exajerado culto de la forma.

El señor Varela, desengañado tal vez del romanticismo, que es teológico, por lo que tiene de incomprensible, y convencido de que la poesía debe reflejar el carácter de su época, ha seguido la escuela del buen sentido práctico de Sancho, en vez de los delirios del andante caballero de la Mancha. Ha preferido cantar las bellezas de carne y hueso, depurar en el crisol de su número la poesía que ha puesto Dios en todo lo que existe bajo el cielo, en vez de cantar seres ideales y formar encantados castillos que se derrumban al golpe de la lógica.

Pero antes de ocuparnos de los versos séanos permitido detenernos en el prólogo.

El bachiller en leyes, sin mas arma que la equidad hace en el prólogo una brillante, conmovedora y poética defensa de la guitarra.

Al señor Varela le gusta este instrumento, no tanto por lo que tiene de manuable y elegante, sino porque es democrático por excelencia; y como la democracia es el ideal en política de los poetas, justo es que la defienda con todas las sutilezas del abogado y con todo el fuego de su fecunda imaginación. Podeis juzgar por el siguiente elogio de ella, que forma parte del prólogo, de

cuánto es capaz un bachiller en leyes con el auxilio de las Musas.

"La guitarra tiene en todas partes donde es conocida, una historia romanzca y voluptuosa de amores y de alegrías, de tristeza y de lágrimas.

"Sus sonidos melancólicos parece que aun vagaran por las galerías imponentes de algun morisco castillo, arrullando el sueño de un nacido entre las sombras de los amores ocultos de un moro y una cristiana.

"Acaso despues de la sangrienta lucha, en el ligero descanso del cuartel, la guitarra endulzaba los momentos. Acaso llegó alguna vez hasta los oídos del Inca el melodioso punteo de alguna andaluza guitarra."

"La guitarra es un instrumento de sencillas formas, de poco aparato y de buena voz.

"Sus formas son significativas: la guitarra simula las formas de la mujer: breve cintura, anchas caderas y redondeados hombros. Quien en ella ejecuta, si la coje como el arte lo requiere, ofrece el espectáculo de un hombre, entre cuyos brazos se reclina amorosamente una mujer. La faz inclinada sobre el hombro izquierdo, el cuello entre ese brazo, la cintura sobre la falda; y ágiles dedos del amante acariciando lijeramente los lindos perfiles de su rostro.

"Si es mujer quien la maneja, el espectáculo es mas bello aun: una mujer entre los brazos de otra . . ."

Partidarios, y mucho, de los refranes porque son verdades que tienen el pasaporte de la experiencia para ser admitidas en el dominio del espíritu, no nos olvidamos al principiar á ocuparnos de los versos, de aquel que dice: "No hay nada nuevo bajo el sol."

Poco, muy poco nos importa que sea original el poeta en el riguroso sentido de la palabra; así es que no buscaremos originalidad en los versos del Chico Terencio, sino naturalidad y novedad en la expresion: cualidades difíciles de encontrar en las poesías de un joven; pero que, una vez halladas, nos manifiestan el talento y el buen gusto del vate que las posee. Ahora bien: exigir ambas cualidades en todas las producciones de un escritor novel, es un rigor exagerado ó una inmóvil mala fé.

En todas las producciones de este joven poeta se vé, á nuestro humilde juicio, defectos que provienen mas del génio, mal dirigido en sus arranques, que de la carencia de él. Su imaginación fecunda y el fuego de la inspiración lo arrastran por la senda del mal gusto, y muchas de sus composiciones carecen de armonía. Por ejemplo en una de sus poesías, que figuran en el librito que ha publicado, titulada "El Lunar de tu megilla," hay en la primera redondilla la siguiente repetición del verbo brillar, que aparte de lastimar el oído es innecesaria:

"No brilla mas en el cielo
 La blanca luna que *brilla*,
 Que en el rostro de mi hermosa
 El lunar de su megilla."

Pero mas adelante tenemos el gusto de encontrar esta otra, en la que campean la elegancia y el buen gusto:

“En campo de ardiente púrpura
Dió la negra noche un beso,
Su oscura huella dejando
En ese lunar travieso.”

Podemos decir, salvo la opinion de personas mas ilustradas que nosotros en la materia, que lo mejor del libro son los cantares. De la diadema de la poesia ellos son las perlas, que aunque diminutas, realzan su belleza. Por eso ellos deben brillar por la novedad en la expresion de las ideas, por la naturalidad y sobre todo, por la ternura. Razon por la cual mas pronto desaparecen los poemas de otro género de la memoria del pueblo, que los cantares; los primeros satisfacen mas al espíritu, los segundos van directamente al corazon.

En las “Guitarradas” mayor es el número de los buenos que el de los malos, aunque en justicia, no podemos darles este nombre á ninguno de ellos.

He aquí algunos que no creémos que vacilarian en firmar nuestros mas afamados poetas:

“Dicen que decir adios
Sobre las ondas del mar,
Es como darse una cita
Con plazo de eternidad.”

“Dicen que el beso amoroso
Que se dá antes de partir,
Significa: “si me muero
Nunca te olvides de mí.”

“Si antes que yo, te murieras
Escribiria en tu lápida:
“Un espíritu aquí yace,
Que fué tierra, polvo y nada.”

“Yo no creo en la virtud
Que me dice “aquí estoy yo”
Porque la virtud es hembra
Y debetener rubor.”

“Niña que ama á un diputado
Parlamentaria ha de ser,
Si quiere atrapar la dieta
Mucho antes de dar la ley.”

D. DE VIVERO.

Lima, Diciembre 10 de 1874.

LA LIBERTAD.

Feliz idea de La Ciencia Suma,
Alba risueña de La Luz Divina,
Heroico génio que al mortal destina,
Iris de paz que sucedió á la bruma,

Venus que el mar brotó de su alba espuma,
Del delicioso Eden flor purpurina,
Palmera en que la gloria se reclina,
Eterno fenix de rizada pluma,

De la beldad sin fin, conjunto raro,
Resumen de consuelo y de bonanza,
Libertad de los cielos precursora,

Eres del universo único amparo
Y el hombre te divisa en lontananza,
Fenix, palmera, flor, Venus, ó aurora.

ACISCLO VILLARAN.

Lima, Diciembre 9 de 1874.

LA FAMILIA.

LECCIONES DE FILOSOFIA MORAL.

OBRA CORONADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

Traducida expresamente para LA ALBORADA

por la Señorita Angela Carbonel.

LA VIDA DE FAMILIA.

SUMARIO:—Objeto, motivos y plan de esta obra.—Asunto del primer discurso: de la familia en general.—Sus beneficios: doble necesidad de la naturaleza humana: vivir en otro, revivir en otro, amor conyugal, amor paterno.—Sus dificultades: 1.º servidumbres inseparables de la familia, 2.º complicaciones accidentales; 3.º oposicion de los caracteres.—El dolor en la familia. ¿Por qué? El dolor, expiacion y advertencia.—Felicidad doméstica.

Continuacion.

NADA hay mas terrible para el hombre que el aislamiento: se ha visto la prueba de ello en estos últimos tiempos: habiendo una filantropia generosa, concebido dudas sobre la justicia de una pena antigua y terrible, ha ensayado sustituirla con la de soledad. Se dice que la experiencia ha demostrado que esta nueva pena era mas cruel todavia que la que queria reemplazar. El hombre no puede soportar el aislamiento, porque sólo no puede sustraerse á la idea de su miseria: he ahí por qué los hombres edifican ciudades, forman sociedades, dan reuniones, buscan los paseos y entretenimientos íntimos. Pero nada de esto es suficiente; no es bastante encontrar fuera del domicilio una mano amiga, una palabra simpática, corazones afectuosos; lo que nos abrumba sobre todo es ver el interior de nuestro hogar doméstico, vacío y desierto, la ausencia de un ser fiel con el que podamos contar en la enfermedad, en la alegría, en el pesar y en el momento supremo. Hé aquí por que se vé con frecuencia unirse el amigo al amigo, el hermano al hermano, y lo que es mas tierno aun, el hermano á la hermana y el hijo á la madre. Pero esas imitaciones ó esos desmembramientos de la familia son unicamente su bosquejo ó sus reliquias. Hay una asociacion mas íntima todavia, exigida por la naturaleza, en la que la debilidad se une á la fuerza, la gracia á la seriedad, la suave ternura á la austera razon y el trabajo al placer, asociacion indispensable á la duracion de la especie humana y á la vez llena de encantos para el individuo.

Y aquí, séame permitido consagrar algunas palabras al sentimiento que dá origen á la familia, sentimiento sin el cual no existiria y que debe tener su razon de ser, pues que, en fin, nosotros no lo hacemos sino que viene de Aquel que lo ha hecho todo.

Ese sentimiento tiene dos caracteres notables: una extension extraordinaria y un poder singular de transformacion. El toma al hombre en todo su ser: por los sentidos y por el alma; y en el alma toca y sacude sus mas vivas, serias, delicadas, y profundas facultades: la imaginacion, el ingenio, el corazon, la razon misma, porque, asi como lo ha dicho Pascal, que no ha desdeñado escribir sobre este asunto profano palabras admirables, “el amor y la razon no son sino una misma cosa: es una precipitacion de pensamientos que se dirigen de un lado sin examinar bien todo, pero es siempre una razon. Los poetas incurren en un

error pintándonos al amor ciego; es preciso quitarle su venda y volverle en adelante el goce de la vista. El amor es de todos nuestros sentimientos aquél que parece tener mas miradas para los puntos misteriosos é indefinidos de nuestro destino y de nuestro ser. Hé ahí por que se asocia tan bien á la poesia, á la poesia que no es solamente el entretenimiento de la imaginacion y el adorno del espíritu, sino que en las almas elevadas es una parte de la vida misma.

Platon, que, como se sabe, es el gran filósofo del amor, no ha temido llamarlo un entusiasmo y un delirio enviado por los dioses. Yo sé que esta exaltacion produce á menudo los efectos mas deplorables; pero esto no es culpa del sentimiento mismo, es la del hombre, que no sabe contenerlo y gobernarlo. Todos nuestros sentimientos, cuando se dirigen á un espíritu falso y á una voluntad firme, son susceptibles de extravio; pero esta no es una razon para negar lo que hay en ellos de divino. Una sociedad que no supiera reconocer ya esta parte celestial de los sentimientos cualquiera que fuese, su fuerza exterior, el esplendor de su lujo y de su industria, seria una sociedad condenada á perecer.

Por otra parte, la exaltacion está léjos de ser indispensable al sentimiento del amor; porque, lo hemos dicho ya, se pliega maravillosamente á todas las situaciones de la vida y todos los caracteres humanos: apacible en los corazones sencillos, puede ser apasionado sin desorden en las almas vivas, heroico, contemplativo, algunas veces hasta religioso; puede nacer en un instante ó resultar de una larga familiaridad; puede tener las apariencias de una sencilla amistad; puede no llegar hasta el deber y no necesitar de él para permanecer puro y fiel. Algunas veces nace del deber mismo y vemos á Corneille elevarse á lo sublime de la poesia y de lo patético, pintándonos en Paulina la pasion inspirada por solo el deber. Pero cualquiera que sea la forma que tome este sentimiento no se debe contar sin él. Si su presencia es algunas veces temible no lo es ménos su ausencia: es preciso que un ojo vigilante y una mano protectora aparten de una imaginacion jóven el peligro de las ilusiones romanescas; pero no se debe sacrificar todo á los consejos estériles de una razon seca y rastrera, por temor de que sentimientos naturales no satisfechos en una medida conveniente vayan á buscar su alimento fuera del órden y del honor.

He encontrado no ha mucho en un antiguo libro indio, que data de tres mil años—el “Código de Manou”—una frase deliciosa para expresar lo que llamamos friamente un matrimonio de inclinacion. ¿Sabeis cómo esos viejos é inmóviles indios lo llaman? El matrimonio de los músicos celestiales.

Y bien! esta música celeste tiene su precio, y no es solamente la imaginacion, la razon misma aconseja no desdeñarla. Perdóneseme la defensa de un sentimiento justamente temido y contra el cual no serian demasiadas todas las precauciones: apelo á la opinion de dos eminentes escritores: Madame Stael y M. Guizot, que la una en su libro la “Alemania,” el otro en un artículo universalmente aplaudido en la “Revue des Deux Mondes” han igualmente prohibido con la autoridad de su alta razon el amor en el matrimonio.

Es verdad que la pasión no dura siempre sino un tiempo mas ó menos largo que expresamos en francés con una frase ingeniosa y delicada; pero esto mismo tiene su razón por que es necesario que el hombre para entrar en los grandes compromisos de la familia vaya á ellos todo entero; importa que para bastar á esos compromisos recobre la posesion de sí mismo y que la imaginacion deje al corazón libre para no obedecer sino á la razón. Pero aquello que el sentimiento pierde en frescura lo gana en madurez; la flor se marchita, pero las raíces se hunden, profundizan y se multiplican; y bajo esa intimidad fría y monótona como aparece á ojos indiferentes, hay nudos secretamente entrelazados con tanta fuerza, que su ruptura destroza de una manera irremediable el corazón del que queda.

De todos los sentimientos humanos el amor conyugal, es, pues, el que mas satisface y el que tiene mas necesidad de vivir en otro y de apoyarse sobre otro, y por consecuencia disimula mucho al hombre su vacío y su miseria. Gracias á esa mezcla de dos existencias, la vida toma, en cierta manera, mas solidez. Apoyados sobre un ser querido, creémos vivir, y deseamos vivir, y esto es un bien; por que así como, lo ha dicho un filósofo, "la vida no es la meditacion de la muerte sino de la vida." Se ha dicho recientemente con fina elocuencia, que el hombre tiene necesidad de ilusiones y se invita á buscarlas en la vida ficticia.

Yo creo ser fiel á este pensamiento, añadiendo, que esas ilusiones son las que nos envuelven en la vida real y que no podemos desecharlas ni un solo instante. Edificamos casas para reposar en nuestra vejez, esta es una ilusion, porque nos morimos al dia siguiente; plantamos árboles para gozar de su sombra, es una ilusion, porque no sentiremos su perfume; educamos á los niños para hacerlos hombres, es una ilusion, porque no veremos sus triunfos; nos apoyamos en el brazo de una mujer amada, y le prometemos nuestra proteccion, es una ilusion, porque la dejaremos viuda ó la lloraremos en la soledad. Yo confieso que ésta solidez solo es aparente y que esto como todo lo que existe bajo del sol no es mas que vanidad. Pero tales ilusiones son necesarias porque el dia que llegasen á faltarnos no habría paz para nosotros sino en la tumba.

MONOLOGO DE ANDRÉS DEL SARTO.

A LUCRECIA DEL FEDE.

I.

¡Mi labio pronunció ese juramento;
Y mi espíritu audaz lo ha confirmado,
Y con duro buril, fiero, irritado,
En la faz lo esculpió del firmamento!

¡Bajarán las estrellas de su asiento.
Arrollarán los Siglos lo Creado
Aplastará bajo su rueda el Hado
Cuánto hoy se agita con vital aliento!

Y entre las ruinas que, en doliente grito,
Como las rocas de desierta playa
El campo sembrarán de lo infinito

Mi altiva voluntad que no desmaya
Surgirá, cual columna de granito,
Cual gigantesco inmóvil Himalaya!

II.

¡Adios, muger, cuanto falaz liviana;
Soberbia, como el ángel del averno;
Bella á la vista, estéril en lo interno.
Cual del lago maldito la manzana!

Bien pronto el hombre que perdiste
Comprenderás, en tu dolor eterno!
¿Qué pecho, cual su pecho, grande y tierno?
¿Qué mente, cual su mente, soberana?

¿En mi frente no ves ya clara lumbre?
¿No escuchas entre cánticos triunfales
Mi nombre repetir la muchedumbre?

Y, á no oprimirme con tan fieros males,
No lo dudes, subiera yo á la cumbre
Do se sientan los genios inmortales!

III.

Nunca ¡jamás! ni un fugitivo instante,
—Máscara sempiterna de traiciones,—
Contemplarán mis ojos las facciones
De tu risueño pérfido semblante!—

¡Rasgóse el denso velo que delante
Tuve, en mis generosas ilusiones;
Y nido ví de inmundos escorpiones
Tu alma menguada, para el mal gigante!—

Ni oiré los sonos de tu falsa boca,
Miel del veneno que ese pecho encierra
Al vicio cera, á las virtudes roca!

Tu inaudita maldad que al alma aterra,
Como muralla que á las nubes toca,
Nos tendrá divididos en la tierra!

IV.

Y al otro lado de la tumba fría!
Entre los dos sentencia justiciera
Interpondrá la Inmensidad entera,
Cuyo cáuce llenó tu culpa impía!!

Y en vano, sin cesar, al alma mia
Invocará tu Sombra planidera,
Desde la opuesta pálida ribera
De la confusa Eternidad sombría!

Del polo, así, en las yermas soledades
La triste Hebréa á su distante hermano
Divisando entre oscuras tempestades,

Los brazos tiende desolada en vano.
En el curso sin fin de las Edades,
Por encima del fúnebre oceano!

V.

¡Todo acabó, por siempre!
¡Corazón mio! pena silenciosa?
Y del Pasado la entreabierta fosa
Exhala dulce y sollozante queja?

¿Y desde allí en mi mente se refleja
Todo el cortejo de una Edad dichosa
Y oigo cual despedida dolorosa
De la mitad de mi alma que se aleja?

¡Silencio ya! silencio! vano empeño!
La losa echemos con empuje airado
Sobre esa tumba de un mentido ensueño. . . .

Y sobre el gran sepulcro del Pasado
Que se levante el Porvenir risueño
De lauros y de adelfas coronado!

VI.

¡Culpa tuya no fué! No llores triste!
Por largos años, con esfuerzo mudo,

De la atroz certidumbre al choque rudo,
Tenaz al tronco de tu fé te asiste:

¡Con tu deber y con tu amor cumpliste
Como jamás mortal cumplir no pudo;
De tu conciencia con el firme escudo
A los asaltos del Dolor resististe!

¡Largo, inmenso, el suplicio fué de tu
Y ya el Cielo de tí compadecido
A tu martirio concedió la palma:

El destino fatal ya está cumplido!
¡Descienda ahora sobre tí la calma,
La triste calma del eterno olvido!!

NUMA P. LLONA.

EL AGUA MANSA.

[L'eau dormante]

ESCENAS DE LA VIDA MEXICANA, POR

LUCIEN BIART.

(Continuacion.)

Doña Lorenza, en vez de recobrar su puesto, se dirigió á la antecámara.—Quédate—le dijo á su marido, dispuesto ya á acompañarla al ver que se preparaba á retirarse;—convida á tus amigos; tú sabrás escogerlos.—Y como don Luis insistiese en acompañarla, añadió:—Vas á obligarme á regresar y á esperarte, porque no consiento que á uno de mis caprichos sacrifiques esta diversion. Estoy cansada; pero quiero que tú te quedes—repitió—allí tengo á Antonio.

Don Luis le besó la mano, y cargándola en sus brazos, la colocó suavemente en los cogines de la litera. Apenas estuvo sentada, el ligero palanquin, cargado por cuatro indios, se puso en marcha, escoltado por Antonio, á la cabeza de cinco ó seis ginetes armados. Luego que salieron de la ciudad, encendieron unos faroles para alumbrar el camino, y una hora mas tarde, la criolla, de codos sobre el balcon y con los cabellos sueltos, parecia meditar profundamente.

Don Luis estaba ausente y la noche era oscura: el fuego que ordinariamente indicaba al amo que se le esperaba, no alumbraba las rocas. No habia un soplo de viento y reinaba el gran silencio del desierto. De cuando en cuando resonaba un sordo crujido sobre las cimas. Era el derrumbamiento de algun árbol secular, saludado por alguna ave de rapina. Repentinamente, doña Lorenza se estremeció; inclinó la cabeza para escuchar; una sonrisa alegró su semblante, porque el sordo galope de un caballo se aproximaba.

—Me apresuré á hacer mis invitaciones, porque esperaba alcanzarte—dijo don Luis al presentarse—¿han corrido tus conductores?

Doña Lorenza, en vez de contestar, se abrazó al cuello de su marido, y permaneció mucho rato estrechándolo.

—¿Qué tienes?—le preguntó don Luis.

—Nada; ¡te quiero tanto!—dijo la joven al correr á su cuarto.

En puridad de verdad, Lorenza habia sufrido acerbamente al ver á su marido cautivado por la cantatriz, y el profundo sollozo que acababa de ahogar le hizo brotar una lágrima, disimulada sin embargo.

IV.

Durante los dos dias posteriores á aquella noche, don Luis solo se ausentó en la noche. Se ocupaba con ardor de adornar la hacienda, cuyo camino limpiaron los Indios, del mismo modo que el vasto corredor que daba entrada á la casa, con detrimento de los otros trabajos. Doña Lorenza permanecía, entre tanto, en su hamaca, y aparentaba no inquietarse de los mil afanes de su marido. Este, embriagado con la perspectiva de poseer bajo su techo á la mujer que lo preocupaba con sus coqueterias y con su extraña hermosura, casi no podia encubrir su alegría. El anhelado dia llegó, y como á la una, partió el impaciente don Luis al encuentro de sus convidados.

Doña Lorenza se hallaba acicalándose cuando el ginete montó á caballo; al ruido de los pasos de su caballo, tan conocido para ella, corrió al balcon, lo saludó con la mano, y lo vió ponerse al galope entre las rocas. Largo rato hacia de su desaparicion, y distraida é inmóvil, la jóven miraba todavia el camino, sobre el que revoloteaban grandes mariposas, que se hubieran tomado por flores color de púrpura ó de azul, cuando se paraban juntas.

El dia se anunciaba favorable: ligeras nubes blancas, impulsadas por una brisa fresca, se deslizaban por el cielo y temperaban los ardores del sol. El pico nevado del Orizaba, oculto por un monton de nubes, se entreveía, de cuando en cuando, por entre su tempestuosa corona y aparecía deslumbrante. Entónces, los buitres, que parecen tomar esa cumbre como término de su audaz vuelo, cerníanse en el aire con sus poderosas alas y describian anchas espirales, dando gritos roncós y prolongados.

A las dos de la tarde, doña Lorenza haciendo resonar las losas bajo los diminutos tacones de las botas con que se habia calzado; bajó al terrado, donde habian suspendido otra hamaca cerca de la suya. Por un capricho, tal vez premeditado, se habia engalanado con el antiguo vestido de á caballo de las señoras de su país: corpiño de terciopelo granate, bordado de plata sobre un corsé de seda blanco. Los negros cabellos de la criolla, trenzados con hilados de oro y púrpura, colgaban en pesadas crenchas y se ataban al ceñidor de crespon de la China, que estrechaba su cintura fina y enhiesta. La falda era de la misma tela que el corpiño, con bordados de plata, dejando los piés descubiertos. Un sombrerillo, sobre el que ondeaba una vistosa pluma de guacamayo, completaba este original vestido. Envuelta en una mantilla de seda, aparentaba jugar, unas veces cubriéndose hasta los ojos con la delicada tela y otras bajándola rápidamente sobre los hombros, donde se complacía en dejarla flotar al agrado del viento.

De improviso, los indios apostados á la entrada del bosque lanzaron al aire sus cohetes, sin los que no hay fiesta completa en Méjico, y cuyas huecas detonaciones repercutieron milécós. Poco despues apareció la cantatriz escoltada por veinte ginetes.

Siguiendo el ceremonial de su país, doña Lorenza no se levantó hasta que la visita, despues de echar pié á tierra, se adelantó hácia ella, conducida por don Luis. Entónces la abrazó lijeramente con la mano derecha, ejecutando el saludo que desagradaba tanto á don Alberto, con las puntas de los dedos. Por exceso de urbanidad cedió á la extranjera la hamaca que ocupaba, y se recostó en la otra con esa soltura que las europeas, aun despues de veinte años de mancion en Méjico, no pueden adquirir, así como las múltiples maneras de agitar un abanico ó de taparse con una mantilla.



CRÓNICA DE LAS VEREDAS.—Nada hay nuevo debajo del sol, segun el Eclesiastes —ha exclamado un jóven amigo mio, al estrechar la mano que escribe estas líneas.
—En efecto; pero, ¿á que viene ese exordio?

—Para probar á usted que no es invencion mia lo que va á oír respecto á su amigo Z. L.

—No hay tal amistad; pero, ¿qué es ello?

—Iba no ha mucho delante de mí, abstraído, y hablando con un interlocutor invisible. No lo estrañé, pues conozco su manía por el monólogo; pero cuando me hube acercado mas, oí que iba diciendo, fijos los ojos en las baldosas de la acera:

—¿No es verdad averiguada que aquella ingrata te ha hecho mil partidas malas, y que, por fin, ya no te ama?—Sí—

—Entónces, ¿por qué trepidas? No, no cabe mas ninguna cobarde vacilacion! Olvidala, olvidala, miserable! arrójala del corazon! relégala al desprecio! Sí!... Pero... esos magníficos ojos negros!... aquella boca que, cuando quiere sabe decir palabras tan hechiceras! y aquel cuello! y aquel pié! y aquella mano!... y... todo, en aquel ser aborrecible... encantador!—

Y pálido, y vagorosa la mirada, seguia adelante en direccion al Puente; y yo, á vista de la honda desesperacion que revelaba su acento, pensé en el rio, que en furiosa creciente sonaba no léjos con ruido siniestro.—Zenén! Zenén!—gritó un jóven, pasando delante de mí, y dando una palmadita en el hombro al infortunado que me precedia.—Qué tienes, chico? Se diria que vas soñando.

—¿Soñando!—respondió L, cambiando súbitamente en fátua sonrisa, la tétrica expresion de su semblante.—Al contrario, muy real y sériamente, voy discutiendo con mi ingenio la manera de desasir de mí el amor incontrastable que Elvira se obstina en consagrarme.

—¿Que no me vengan á mí esas dichas!

—¿Te regalo la mia!
—¿Acepto!... Ser el Hernani de esa soberbia hermosura!... Pero sé generoso hasta el fin... despéjame el campo!

—¿Retirarme de la casa!
—¿Sin duda! ¿Cómo le manifestarás, de otro modo, tu despego?

—Ah! es que ella ha jurado suicidarse el dia que eso acontezca.

—¿Lo habrás ya intentado?
—Oh! mil veces!

—Entónces, nada hay dicho; y preciso es dejarte bajo el peso de tu felicidad. Adios! Y el jóven se alejó en direccion á la plaza.
—¿Fingir! ah! ¡cuán duro es cuando el corazon está destrozado!—exclamó Zenén, suspirando.

Y desviándose de mi camino, tomó por el lado de los Desamparados.

—Ah! ah! ah!—rió una señora mayor, que habia ido disputándose tácitamente, el paso para escuchar aquellas endechas.—Ah! ah! ah! aaah! ¿estos son los seductores? En la conciencia, todos se reconocen, como este, seducidos, encadenados. Nunca pasé por el lado de dos hombres que hablan, sin oírles decir:—Ella! con ella! por ella! sin ella!—Nunca, entre mujeres que no vayan diciendo con fervor apasionado:—Mis rizos! mis blondas! el último vestido que me mandó la modista.—Sin mencionar para maldita la cosa á sus presuntos tenorios. Tenorios!—Tenorios!—digo yo!

Y mirándose con picaresca ironía, rió en mis barbas, y se fué.

—Querido amigo—dije al cronista callejero—yo creo que la señora tiene razon...

—Aguarde usted—exclamó él, interrumpiéndome—si todavia no ha dado fin mi aventura.

Como para corroborar las palabras de aquella sibila, una hora despues, pasando casualmente por delante de la casa de la cruel Elvira, he ahí que la veo aparecer, bella, alegre, elegante. Papá, mamá, hermanas, toda la familia salia á paseo. Las jóvenes formaron de dos en fondo, regazaron sus largas colas, y echaron á andar calle abajo, volviéndose, de vez en cuando, para remirarse y dejar ver unas botitas de última importacion, lo mas lindo imaginable; pero que costarán un dinerál.

—Papá—decia una de ellas—nosotras guiaremos. ¿no es cierto?

—Ya se ve que sí.

—¿Sabes dónde vamos á parar?

—No llega á tanto mi penetracion.

—¿No? Pues vamos al almacen de Soldevila. Le han llegado novedades.

—Yo necesito un lazo para mi vestido rosa.

—Yo una sombrilla blanca, de gros y blondas.

—Yo un abrigo de cachemira para salir del teatro.

—Yo un pañuelo de batista bordado, con calados de *quipure*.

—Y yo los zapatitos de raso blanco, que codicié en las vidrieras del Gallo.

—Estas niñas son capaces de empobrecer á Goyeneche!

¡Te espanta esa bagatela!—observó la matrona.—¿Qué piden las pobrecitas? trapos que llevan hasta las hijas de los sacrisnes.

—Papá, creo que vienes regañando por lo que vas á comprar. Calla y recuerda que hoy es dia de san *Gaston*.

—Y ademas, nos has daído tu palabra: palabra de rey... ó de coronel, que es lo mismo.

—Ah! si el cajero fiscal oyera estos propósitos, habia de tapiar la puerta de la Tesoreria.

—Elvira, mira á Zenen; que va á entrar donde Gavard.

—¿Quién piensa en ese tonto? repara en estas lindísimas castañas!

Las graciosas casquivanas entraron al deseado almacén, y yo he venido á dar á usted esta pequeña muestra de la ingratitud mujerial.

—Gracias á Dios, hace tiempo que yo digo como madama Geofroid—*quand j'étais femme*.—Pero, he aquí, que el dia se ha ido; y el Mosaico está en su epígrafe; y la imprenta esperándolo; y la paciencia del señor don Luis ejercitándose.

—Llene usted su seccion con mi charla.

—Preciso ya á ser que así lo haga.

—Héla ahí pues, como la dejó caer de sus labios aquel parlero.

JUANA MANUELA GORRITI.

Soluciones á la charada del N.º 5.

Primera y cuarta coordiné con maña
Y el apellido del torero hallé,
Que *Lara* fué quien tornose á España,
Y todos saben la razon por qué.

Y la segunda á la tercera unida
Ser *albo* indican la virtud aquella,
Expresando en la frase mas subida
Cualidad del marfil, sin duda, bella.

Mas si la prima y la tercera junto
Viene á ser *bola* lo que encuentro á pares
En el salon del club y los billares,
Dejando analizado á que este punto.

La tercera y quinta, aunque mona,
No cae en desuso todavia,
Por que es de los novios la alegría
El tener su *boda* ó comilona.

Si en las cuarta y primera,
Aunque te parezca mala,
Debe apellidarse *rala*,
Con razon, la coladera.

La astuta zorra y el gracioso mono
Como el gato y el perro tienen *рабо*,
Y con esta frase pronto acabo
De la cuarta y tercera el desentono.

Y aunque de mala *bolada*
Uno el centro y los extremos,
Quedando ya descifrada
La cuestion que aquí tenemos.

Es el todo aquel periódico
Abundante en partidarios,
Pues es su precio tan módico
Como sus autores sabios.

Para concluir el asunto

Quiero deciros señores:
Que si alguna señorita:
Puede el nombre adivinar;
Debiendoles mil favores
Yo les voy á suplicar,
Que den los rociadores,
Pues le cedo mi lugar.

Y pidiendo mil perdones
Termino mi disparate,
Pues carezco de los dones
Que posee todo *vate*.

Dalina Gambaenad.

Noviembre 15 de 1874.

1^ª y 4^ª = 3^ª y 2^ª = 3^ª y 1^ª = 3^ª y 5^ª =
La—ra—Al—bo—Bo—la—Bo—da
4^ª y 1^ª = 4^ª y 3^ª =
Ra—la—Ra—bo
Decifro "La Alborada."

MATILDE LOPEZ ALIAGA.

La Alborada.

V. C; DE A.

No es el trato el hacer versos
Si, adivinar la charada,
Yo quiero ganarme el premio
Que ofrecen en la Alborada.

La 1^ª y 4^ª unidas sin maña, es el torero
Lara que se mandó mudar á España.

La 3^ª y 2^ª, unidas, es *Albo* cualidad del
marfil la mas subida.

La 3^ª y 1^ª, á pares, son las *Bolas* que
abundan en los billares.

La 3^ª y 5^ª, sé que es *Boda* donde no
solo se regalan novios, sino la jente toda.

La 4^ª y la 1^ª, ya es muy clara; cuali-
dad de coladera es *Rala*.

La 4^ª y 3^ª, tienen, animal de cuatro
patas, corto ó largo poco importa, con tal
que se llame *Rabo*.

Por último la charada
La diadema de brillantes
Llena de luz y cambiantes
Es en verdad *La Alborada*.

ERNESTINA CORPANCHO.

Primera y cuarta coordiné con maña
Y me dió el apellido, aquel ensayo
Del tal torero *Lara*, que fué á España
Por no encontrarse en la del Dos de Mayo.

El *Albo*, es adjetivo, que la bella
Cualidad del marfil, muestra, subida,
Si la segunda á la tercera estrella
De "La Alborada," se le viese unida.

Y esa tercera y la primera, juntas
Vienen, rodando por el mundo á pares:
Bolas de la malicia, que en las juntas
Ruedan acaso, mas, que en los billares.

La tercera y la quinta; ó bien la *boda*
Casi siempre está alegre; y no de grado
A veces se haya triste y se incomoda,
Pues muchas bailan, por razon de estado.

Tela que poca duracion ofrece
Por lo *rala*, llamarla coladera,
Eso es lo justo, por que lo merece
Y el defecto lo dan, cuarta y primera.

Juntas la cuarta y la tercera, tienen,
La astuta zorra y el gracioso mono,
El perro y otros, que gruñendo vienen,
Por que es el *рабо*, causa de su encono.

Poniendo el centro y sus extremos juntas
De sílabas que forman la charada
Encontré *bola* y *boda*, que conjuntas,
Forman entre las tres, una *bola*.

El todo és, la diadema de brillantes
Con que hoy la culta Lima se engalana,
"La Alborada," cubierta de diamantes
Que alumbrará la historia de mañana.

ELENA LAOS DE LA PUENTE.

Soluciones á la Charada del N.º 6.

1^ª y 2^ª = Metro — 2^ª y 3^ª = Tropo y Po-
tro—4^ª y 6^ª = Lino—1^ª y 5^ª = Meta—2^ª
y 6^ª = Trono—4^ª 1^ª y 5^ª = Limeta—6^ª y
5^ª = Nota—3^ª Po—6^ª No—

De 1^ª á 4^ª = Metrópoli—4^ª y 2^ª = Litro
—5^ª y 4^ª = Tahalí—Metropolitano—
Tres Cármenes.

De igual manera la han remitido solucio-
nada las Señoritas *Victoria y Julia L.*—
Amalia Fuensalida—*Domitila Angulo y Ubalda*
Plasencia y el señor Victor Manuel Rada.

No sé en que *metro* escribir—Esta solucion
Señora—Yo que de escribir en verso—No
poseo la alta honra—Yo que ni siquiera he
hojeado—Un cuaderno de retórica, é ignoro
que llaman *tropo* Ni se definir que es prosa.
—Mas ya que me hallo en el *potro*. Que me
tire no me importa—Y con venia de las mus-
sas—Poetizo valerosa—Y pido al papa San
Lino—Su proteccion bienhechora—Para
que alcance la *meta*—Facilmente y sin demora.
—Y aunque no me den un *trono*—Ni rosia-
dores de moda—El interés no me inspira—
Me inspira solo la gloria—Y para salvar el
número—Con una limeta hermosa—Bebo el
nectar peruviano—La dulce chicha de jora—
Pues con ella se inspiraban—Aquellos bar-
dos de *nota*—De los tiempos de Atahualpa—
Y de la célebre Cora—Y en las orillas del *Pó*
—Segun nos dice una historia—Virjilio y
Dante tomaban—Aquella bebida tónica—Y
al que me diga que *No*—Llamandome menti-
rosa.—Le probaré que no miento—Enseñan-
dole la obra—Que ha sido reimpresada en Lon-
dres—*Metrópolis* portentosa—En donde el co-
ñac los hombres—Solo por *litros* lo toman—
Y el gran *Metropolitano* Que ha tiempo se ha-
lla en la gloria—Toribio de Mogrobejo—La
bebía á todas horas—*Z de V*.

La señorita *I. Checa de Barreto* agregó
á la solucion este cuarteto—Hoy envio á LA
ALBORADA—Con extrema simpatia—Su cha-
rada decifrada—Ysabel reina de Hungría.

PERMANENTE.

El buzon para recibir los originales des-
tinados á la publicacion de este semanario,
se cerrará el miércoles en la noche, de cada
semana, para el número que debe salir
en ella.

Cualesquiera reclamaciones referentes á
LA ALBORADA, deben dirigirse al local de su
direccion, Urrutia, hoy Camaná, 188, de-
partamento de la izquierda.

EMPRESA TIPOGRAFICA,
Calle de Camaná, antes Ayacucho, N.ºs 128 y 130.